

ral y todavía impreciso anuncian estas lecturas, todas ellas heredadas (fieles e infieles) de las críticas de Nietzsche y Heidegger a la metafísica de la subjetividad, es la posibilidad y la exigencia de “repensar la *communitas* y el ser-en-común sin apelar a la noción de individuo absoluto y clausurado”.

“No hay que hablar de los amigos —escribe Nietzsche—; de otro modo se traiciona con palabras el sentimiento de amistad”. Pero entonces, ¿cómo hablar de lo que se nos dice “es preciso aprender a callar”, justamente, por amor a la amistad? Haría falta un modo extraño de hablar, un modo tal de ofrecimiento y exposición que fuese capaz de suspender el habla sin interrumpir la comunicación, un modo que acaso nos es dado reconocer en el trazado singular de estos ensayos, ordenados a la incalculable tarea de *hacer y decir* la experiencia intempestiva del “quizá” por donde pasa la promesa y la ocasión de un pensamiento posnietzscheano.

Daniel Alvaro

Esteban Enguita, José Emilio, *El joven Nietzsche. Política y tragedia*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, 313 pp.

El pensamiento político de Nietzsche ha sido abordado, en general, de dos maneras: o se ha intentado desarrollar su lógica argumentativa, o bien se lo ha expuesto desde el punto de vista de la historia de las ideas. Este último camino, tomado entre otros por Lukács y, más recientemente, por Losurdo, estudia la obra de un autor a través de sus compromisos históricos y las tradiciones intelectuales en las que se inserta. La otra vía, principal modo de abordaje de los textos anglosajones sobre el tema, incluye todos los estudios que buscan, en gran medida, «sumarlo» o «restarlo» a una determinada causa —sea esta la del nacionalsocialismo, la de la aristocracia o la de la democracia— no tanto por cuestiones históricas o relativas al contexto, sino por lo que efectivamente habría dicho. Es común en este último tipo de interpretaciones una imagen de Nietzsche como promotor de nuevas formas de vida, de sociedad, de moral, delineadas de un modo oscuro bajo figuras como el superhombre, el espíritu libre, la voluntad de poder, el eterno retorno o

Dioniso. Así, de acuerdo a cómo se interpretan estas figuras, sería posible encontrar un Nietzsche democrático, aristocrático, nacionalista o cosmopolita, tomando estos conceptos no en su densidad histórica, sino como rótulos que definen de un modo abstracto una concepción de lo político.

El libro de Esteban Enguita se encuentra en medio de estos dos caminos y, como suele suceder en estos casos, no termina de desarrollar acabadamente ninguno de los dos. Así, cuando busca desarrollar el contexto intelectual en el que el joven Nietzsche desarrolla sus ideas, no pasa de describir generalidades que poco ayudan a una comprensión más acabada de la obra juvenil del filósofo; y, cuando desarrolla los lineamientos del pensamiento político de éste último, más que desarrollar su trama conceptual, se limita a parafrasear sin problematizar diversas ideas generales.

En cuanto a la reconstrucción del ambiente intelectual alemán de la segunda mitad del siglo XIX, Esteban Enguita no va mucho más allá de las primeras secciones de *El proceso de la civilización* de Norbert Elias. Sin atender a los inconvenientes que conlleva insertar a Nietzsche en el panorama descrito por Elias (que aborda un período anterior al de la producción nietzscheana), lo que vuelve insuficiente la contextualización es la falta de referencias a ciertos fenómenos históricos y ciertos aspectos biográficos de la vida del joven Nietzsche, medulares para la comprensión de su obra: la relación con Wagner o con Burckhardt —figura decisiva en el desarrollo de las ideas políticas del joven Nietzsche—, la unificación alemana tras la guerra franco-prusiana y el avance de las masas como actor político ineludible son apenas mencionados o incluso ignorados por el autor.

No faltan a lo largo del texto referencias a otros pensadores y acontecimientos; Rousseau, Bacon, Weber, el Renacimiento o la Revolución francesa son nombrados en diversos momentos, pero su tratamiento suele ser muy general y carente de conexión sistemática con el pensamiento de Nietzsche. Es así que, para ocuparse de la relación de Nietzsche con la modernidad, Esteban Enguita despacha en pocas páginas una cuestión harto compleja como el proceso de secularización y su relación con la ilustración y el nacimiento de los Estados nacionales. La operación a la que recurre el autor repetidas veces consiste en que cada vez que aborda una cuestión —sea el Estado, la crítica nietzscheana a la cultura de su tiempo u otra— procura indicar algunas coordenadas generales sobre la cuestión; el

problema reside en que esta tarea es llevada a cabo sin ninguna sistematicidad. No se trata de desprolijidad, ya que el autor ordena bien la presentación y señala los autores que le sirven de apoyo, el problema es que aquello que se dice prolijamente no deja de ser una generalidad muy amplia que, por otra parte, no carece de cierta arbitrariedad, ya que ninguno de los autores o procesos históricos que el autor trae a colación es ajeno a disputas entre los estudiosos. Es decir, no es incorrecto citar a Herder y Fichte para hablar de la Nación —más bien todo lo contrario—, pero lo que estos han dicho al respecto y la relación de estos con Nietzsche no es algo que se pueda establecer, como lo hace Esteban Enguita, sin problematizar.

Una crítica similar se puede desarrollar respecto del tratamiento que el libro hace del pensamiento político del joven Nietzsche. El autor expone ordenadamente las afirmaciones que busca establecer y desarrolla las premisas pertinentes. Pero en el desarrollo de la argumentación no se plantean sus aspectos conflictivos y se toman acríticamente muchas afirmaciones de Nietzsche que merecerían un mayor tratamiento. Bajo esta modalidad desarrolla Esteban Enguita las dos principales afirmaciones de su trabajo: que “la política es una necesidad de orden secundario” en el pensamiento del joven Nietzsche, “pero una necesidad al fin y al cabo” y que la finalidad de la política es el “establecimiento de condiciones óptimas para la supremacía de los grandes hombres, para el despliegue sin trabas de la actividad creadora de la aristocracia espiritual”. Con vistas a probar estas afirmaciones el autor desarrolla la llamada “metafísica del artista”. Ella aparece como el núcleo del pensamiento del joven Nietzsche a partir del cual sería posible entrever las finalidades últimas que perseguiría. Una vez establecida la meta —la autocontemplación de lo uno primordial en la obra del genio— parecería la política como un “pieza necesaria, subordinada y con una función puramente instrumental de esa forma de existencia cuya cúspide y artífice es el genio, en el que la vida (Voluntad) alcanza su redención suprema; un complejo artificio inventado, en última instancia, por la Voluntad para el cumplimiento de su meta...”. El posterior desarrollo de estas ideas ofrece una imagen del pensamiento de Nietzsche en la que es posible distinguir claramente esferas diversas y su mutua relación: en su doctrina metafísica Nietzsche establecería las finalidades supremas

que ha de perseguir el hombre y en su doctrina política los medios para alcanzarlas. De ese modo, el autor logra “domesticar” y simplificar el pensamiento del filósofo, pero a costa de pasar por alto algunas cuestiones medulares de su obra —sobre todo en relación a la dimensión política— como la concepción catastrófica de la historia que se expresa en la cuestión del “renacimiento” o las dificultades que presenta la pluralidad de sentidos de la figura del genio, que refiere unas veces al artista, otras a la capacidad creativa de un pueblo, otras a lo uno primordial.

El libro de Esteban Enguita atiende a los criterios ordinarios de un comentario: recurre a fuentes históricas para contextualizar el pensamiento del autor comentado, propone una hipótesis y desarrolla un argumento para demostrarlo con el debido cuidado de desarrollar todos los puntos que inicialmente adelanta; para el abordaje de algún concepto o cuestión particular recurre a autores reputados sobre el tema y no faltan tampoco referencias a bibliografía secundaria en varios idiomas. Pero todo ello no alcanza para decir algo. El envés de esa carencia es la presentación del pensamiento del joven Nietzsche bajo un aspecto poco desafiante y poco inquietante, cuando lo que lo caracteriza es justamente el desafío y la inquietud que genera.

Rodrigo Páez Canosa

Martínez Estrada, Ezequiel, *Nietzsche, filósofo dionisiaco*, Buenos Aires, Caja Negra, 124 pp.

Christian Ferrer prologa este libro, que reedita el capítulo de *Heraldos de la verdad* dedicado a Nietzsche. Ferrer presenta al Martínez Estrada de esa época como un escritor que había sido calificado como resentido, irracionalista, nihilista, etc., y con acceso de autodidacta a la obra nietzscheana. Para Ferrer, las cercanías entre ambos escritores (Nietzsche y Martínez Estrada) se anudan en torno a lo musical (las composiciones musicales de Nietzsche, la ejecución solitaria del violín por parte de Martínez Estrada) y lo poético (los poemarios de Martínez Estrada, que Ferrer acerca al *Zarathustra* como gran poema, y a la composición poética que denomina “ocasional” por parte